

Entre periodistas y empresas

Vicente Muleiro

(Fragmento del capítulo V, Papel Prensa y el papel de la prensa, de "1976, el golpe civil", Planeta, 2011)

Un pasado y un presente de lustre y talento, junto a un clima de época que sembraba la ilusión de que era posible participar de grandes hechos colectivos, con el marco dado por verdaderas hazañas en lugares remotos, contribuyó al surgimiento en los 70 de una generación de periodistas que difícilmente podía imaginar, mientras dibujaba sus primeros palotes, que iba a quedar como rehén de un acuerdo tácito mediante el cual la gran mayoría de los medios de difusión, empezando por los diarios «grandes», fueron puestos al servicio de la dictadura.

Nada pudo ser más arrasador, para la historia del periodismo argentino, que esa distancia insuperable entre el ideario fundacional, la voluntad de enarbolar la palabra para influir en la realidad y modificarla, y lo que quedó impreso para siempre, una montaña de evidencias sobre el ensamble pensado y puesto en práctica para abonar primero el terreno hacia el golpe del 24 de marzo y después acompañar y defender al régimen y reivindicar sus crímenes, por la vía de presentarlos como acciones legítimas destinadas a «salvar a la patria», de ocultarlos sin más trámite, o también de recrearlos mediante construcciones casi novelescas.

El acompañamiento no se limitó al terrorismo de Estado: fue extendido, aunque con matices, con algunos susurros discordantes y hasta osados, con algunos silencios acaso significativos, al viejo modelo de país recreado hasta extremos inimaginables con el asalto al poder y el transcurrir del «proceso».

Salvo el secuestro y el asesinato, y el exilio para salvar la piel que debieron padecer muchos periodistas, nada como la alianza de los dueños de los medios con la dictadura podía destruir tanta ilusión y ánimo creativo, tanta esperanza empujada a la vez por otras marcas históricas para la profesión, como la proeza de tronar volcánico, en 1972, de Bob Woodward y Carl Bernstein, cargándose al presidente Richard Nixon gracias a la investigación que desnudó el espionaje a los demócratas en el caso Watergate.

Si al trote por el siglo XXI la sociedad argentina estaba procurando definir, aún sin trazos claros, una diferenciación indispensable entre periodistas y empresas periodísticas, el repaso de los años de plomo impone como primer imperativo establecer esa frontera, erigir una separación de aguas en la que no todos, pero sí gran parte de los integrantes de un conjunto de trabajadores, quedó inerme ante la atrocidad del régimen y el apoyo decidido por la patronal, que para ello participó en el diseño del discurso, en la estrategia para apuntalar al régimen y estigmatizar y demonizar a todo sector o persona que quisiera apuntar aunque más no fuere una diferencia menor, un pequeño llamado de atención.

Una cantidad acaso significativa de profesionales, que doblegaron abiertamente su pluma para prestar servicios a los dictadores militares y civiles, con piezas que quedaron en una historia ruinosa, no desmiente que el estado de censura era total y violento, que los márgenes de acción eran escasos, que había que deslizarse por vericuetos inciertos para dar a conocer voces y miradas discordantes.

Títulos para calentar el ambiente

Es conocida, fue analizada y vista del derecho y del revés la serie de titulares del vespertino La Razón de Buenos Aires que desde principios de febrero de 1976, varias semanas antes del golpe, enmarcó, empaquetó y le puso moño al asalto al poder, con verdaderos editoriales de unas pocas palabras expresadas en molde gigante, como «Tensa situación política», el 17 de febrero; «Reunión de comandantes», el 19; «Reunión de mandos», el 20; «La semana próxima será decisiva para el proceso», el 21; «Hay nuevas incógnitas», el 2 de marzo; «Grave situación económica», el 6; «Hay nuevas expectativas», el 11; «Hermético silencio en las Fuerzas Armadas», el 17; «Culmina el proceso», el 19; «El Ejército ante la situación», el 20, hasta desembocar en el 23 de marzo: «Es inminente el final, todo está dicho».

Pero este diario no estuvo solo en el trabajo de articular tres piezas esenciales, que compusieran el cuadro ideado para convalidar la toma del poder: la presentación exasperante del gobierno de María Estela Martínez de Perón y, tras él, de todos los políticos y sindicalistas, sin excepciones, como autores de su propio caos; la proliferación de voces —editoriales propios o dirigentes bien seleccionados— que clamaran por la «solución» militar, y las Fuerzas Armadas deliberantes pero en silencio, y sobre todo enfrascadas en entregar vidas a la patria, acción heroica, sacrificada, tan diferente de la actividad de los civiles incapaces, mezquinos, faltos de recursos e ideas para cuidar del país, así presentados casi sin distinción.

En efecto, La Nación venía descerrajando una batería de publicaciones en las que el llamado al golpe no era disimulado ni indirecto, con la referencia dada por el pronunciamiento del dictador Videla en los últimos días de diciembre de 1975. El diario de los Mitre alternaba sus tomas de posición editorial con las voces que las alimentaban, todas en un sentido unívoco, aunque no exclusivamente en sus páginas, pues por ejemplo el 12 de diciembre Álvaro Alsogaray decía en Clarín que las Fuerzas Armadas debían esperar hasta el «último momento» y, cuando éste llegara, actuar «con la máxima decisión y energía».

Otro anticipo contundente de que la patronal periodística tenía decidido anclarse lealmente junto al «proceso» fue expresado en el tratamiento al paro empresario del 16 de febrero de 1976, una acción que, como se señala en el capítulo IV, fue una de las piezas articuladas por la inteligencia civil que trabajó para crear las condiciones que presentaran como inevitable la llegada de los salvadores de la patria. Así fue mostrado un país que parecía clamar, sin fisuras ni matices, por la «salida», privado en absoluto de cualquier alternativa, con estructuras productivas crujientes mientras los políticos se enfrascaban en unos malabares inútiles: desorden, caos en la gestión, corrupción por doquier, en tanto, decía monseñor Antonio Plaza en los espacios más privilegiados y sin que ninguna voz en contrario consiguiera un recuadrado, «las Fuerzas Armadas han asumido la peligrosa, abnegada misión de combatir la subversión y de dar una imagen de austeridad ante la falta de ella en los cenáculos civiles».

En los días previos al golpe, los cronistas parlamentarios parecían no tener más alternativa que relatar el fracaso del Congreso en la búsqueda de salidas institucionales, después del rechazo de Ítalo Luder, presidente provisional del Senado, a llamar a una asamblea legislativa. La Opinión, que el 13 de febrero había sufrido una suspensión de diez días por decreto presidencial, buscaba explicaciones el 4 de marzo: «Se ignoran las motivaciones últimas de la actitud adoptada por el doctor Luder, aunque en algunos círculos se la relaciona con el amargo escepticismo que viene cundiendo desde hace algunos días en el movimiento mayoritario en cuanto a la posibilidad de que cualquiera de las respuestas posibles a la crisis sirvan realmente, a esta altura, para estabilizar el proceso político».

Con menos espíritu de interrogación y acomodado a un título sobre la inminencia de «cambios» en el país, Clarín reportó el 21 de marzo que unos pocos legisladores estaban en el Congreso, apenas para «retirar sus pertenencias», mientras que algunos de ellos «solicitaron un adelanto de sus dietas».

Suspiros de alivio

Tanta preparación concertada entre títulos, editoriales, dirigentes y fuentes pronunciándose en un único sentido, no podía derivar el 24 de marzo en otra cosa que en páginas que describieron un cambio no sólo prenunciado y previsto, sino más bien tranquilo, una consecuencia natural de un estado de disgregación, un vacío, una nada que, claro, alguien debía llenar. «Las Fuerzas Armadas asumen el poder: detúvose a la Presidente», encabezó La Nación, con una acotación como subtítulo: «Fue rechazada una propuesta tendiente a evitar la ruptura del orden institucional», referencia a propuestas que representantes del gobierno habían hecho durante el 23 a los jefes militares para evitar la asonada y que no merecieron mayor atención, y mucho menos una explicación sobre por qué fueron ignoradas.

Los textos de los diarios principales parecen virtualmente calcados unos de otros. «Esta madrugada entraba en su fase culminante la prolongada crisis política e institucional», comenzó el informe de La Nación, en tanto que Clarín, bajo el título «Nuevo gobierno», expresó en la portada: «La prolongada crisis política que aflige al país comenzó a tener su desenlace esta madrugada con el alejamiento de María E. Martínez de Perón como presidente de la Nación. En las próximas horas asumirá el gobierno una junta militar integrada por los comandantes generales y presidida por el teniente general Jorge Videla».

Si «alejamiento de María E. Martínez de Perón como presidente» es cuanto menos un enunciado eufemístico, no resulta así en cambio el epígrafe que acompaña una fotografía de manifestantes peronistas reunidos ante la Casa Rosada, mucho más explícito en calificaciones contundentes: «Sólo unos pocos adictos a la ex presidente se congregaron anoche en la Plaza de Mayo».

La Junta Militar explicó sus condiciones a través del comunicado 19: «Será reprimido con reclusión de hasta diez años el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales».

Pero más que perturbación o desafío, lo que los diarios principales del país ofrecieron fue un saludo de bienvenida compacto, sin fisuras: «El largo, frustrante y agónico vacío de poder ha sido llenado por quienes asumieron la responsabilidad de rescatar al país de su desgarrada e infecunda anarquía...», se cuadró el 25 de marzo La Nueva Provincia, de Bahía Blanca, mientras que en Buenos Aires los jefes de los diarios de primera línea ya habían tenido una reunión en la Casa de Gobierno, donde el régimen anunció un sistema de censura previa, que funcionó asentándose a veces en la presencia de oficiales militares al pie de las rotativas, aprobando las páginas antes de su impresión, y también, como escribieron Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, en un «amable servicio» en la Casa de Gobierno, de lectura de artículos. Eso sí, el «servicio» era anunciado como «gratuito».

Mientras muchas publicaciones, entre ellas partidarias y sindicales, eran arrasadas por el ímpetu represivo, la Secretaría de Prensa y Difusión definió con la firma del capitán de navío Luis Jorge Arigotti dieciséis principios que debían regir a los medios. Carlos Ulanovsky rinde homenaje a la revista Cuestionario porque, dice, fue la única que los publicó. El punto 1 establecía: «Inducir a la restitución de los valores fundamentales que hacen a la integridad de la sociedad, como por ejemplo: orden, laboriosidad, jerarquía, responsabilidad, idoneidad, honestidad, dentro del contexto de la moral cristiana».

La designación y asunción de Videla como presidente, su primer discurso al país, la de José Alfredo Martínez de Hoz y el anuncio del plan económico, fueron acompañados por una bienvenida editorial que se prolongó varios días. No hay sorpresa en el país, dijo La Nación, ante «la caída de un gobierno que estaba muerto mucho antes de su eliminación», y a partir de ello, complementa Clarín, se abre una etapa con «renacidas esperanzas», pues si bien se trata de un momento difícil «no hay que olvidarse que todas las naciones tienen sus horas difíciles y que el temple de sus hijos es capaz de levantarlas de su ruinoso caída».

Los aplausos y el fervor se sintieron también contra la cordillera, expresados en las páginas de Los Andes de Mendoza, que hablaba de una tarea común en la que «ningún argentino puede darse el lujo, ahora, de esperar otro milagro que no sea el del trabajo de todos y cada uno, la honradez de los procedimientos, la conciencia cabal de que la fuerza potencial de la Nación espera de los músculos, el método y el camino que, sin duda, darán los frutos deseados».

La censura previa y el control cuartelero de los contenidos fue liquidado como un asunto menor y en definitiva resuelto de la mejor manera, como lo apuntó Clarín con el título «El gobierno y los diarios» en su portada del 22 de abril: «La rígida censura de prensa impuesta el 24 de marzo duró sólo 36 horas. Desde entonces, el progresivo retorno a la normalidad en todos los órdenes y la fluida comunicación entre el gobierno y los diarios lo han reducido al cumplimiento de normas indicativas». El suelto tiene el tono casi de una confesión de parte.

A Clarín le tomaría casi tres años empezar a buscar formas tímidas de distanciamiento, unos balbuceos de disgusto sobre todo por la marcha de la economía, apelando a su pasado de adhesión a un modelo desarrollista que las políticas de Joe hacían imposible, pero sin apartarse de los ejes de un entendimiento que incluyó el pacto para la apropiación de Papel Prensa, como vimos páginas atrás, pilar de una construcción empresaria que fue consolidando progresivamente su posición dominante sin que hubiera objeciones significativas en el poder dictatorial, sino más bien anuencia y colaboración, pues sin los pactos alcanzados y

medidas que el régimen puso en marcha, como la Ley de Radiodifusión, el grupo jamás se habría multiplicado como lo hizo.

Aplaudan, aplaudan, no dejen de aplaudir

Un «productivista», eso era Joe Martínez de Hoz aunque nadie jamás se haya dado cuenta: un tipo más bien alejado de fórmulas monetaristas y financieras e interesado en que el país produzca. Lo demostraba su dedicación a temas agropecuarios, como presidente del Centro Azucarero Argentino, y de la industria, como presidente de Acindar. Pero si estas características pudieran ser consideradas insuficientes, se trata de «un abogado brillante: de asentada formación jurídica» que «se fue acercando desde el rigor de esa disciplina intelectual a los problemas económicos contemporáneos». Firmado, en la tapa de La Opinión del domingo 28 de marzo de 1976, por José Ignacio López.

Pero este diario no fue el único en descubrir tales virtudes, pues habló el ministro y así sintetizó sus propósitos Clarín en la portada del 3 de abril de 1976: «La implantación de una economía de producción, en reemplazo de una de especulación, es el objetivo básico al que apunta el programa».

La orquesta debió incluir algunos sonos que no necesariamente llamaban a la exaltación, como la liberación de precios contra el control gubernamental de los salarios, o el aumento de servicios públicos y naftas, pero ello no era nada en comparación con la euforia por las buenas repercusiones internacionales —llegó a ser título una revaluación del peso en la plaza pequeña que es Montevideo—, un descenso mágico de la inflación, ya en abril, mientras Joe sudaba y sudaba en pleno otoño para lograr el «ordenamiento financiero» con la ayuda de buenos amigos: prontos créditos del Fondo Monetario Internacional y elogios por doquier del entonces secretario de Estado norteamericano, Henry Kissinger, todo en los espacios generosos de los diarios principales.

Puestos los socios a actuar cada uno su papel, el período de recepción triunfal dio paso a la reproducción ininterrumpida de los partes de «guerra» al gusto de los exterminadores. En una primera etapa fue una seguidilla de títulos y crónicas triunfantes, en la que los «enemigos» caían como moscas. En este segmento los censores de uniforme no bajaban la presión sobre los medios ni un centímetro, la disposición para remitirse únicamente a la fuente oficial para dar cuenta de hechos de violencia estaba en plena vigencia. Pero además de ello, el discurso propio, el elaborado por los diarios más influyentes, convalidaba y agrandaba la versión oficial, haciendo propio el palabrerío según el cual toda persona detenida o «abatida» era inevitablemente un extremista, subversivo o terrorista. Ni la menor objeción a los crímenes que, cometidos por los grupos de exterminio, eran adosados al enemigo, ni el menor distanciamiento del lenguaje, ni siquiera un toque de frialdad para que el lector dudara un poco, con la excepción honrosa de The Buenos Aires Herald, que empezó a llamar la atención a pocos meses de iniciado el régimen sobre los métodos represivos, sin que, por cierto, esto lo llevara a atenuar su apoyo simultáneo, bien abierto y entusiasta, al plan económico de Martínez de Hoz.

El régimen dio a los diarios, a los que marcaban agenda de una manera mucho más expansiva que la que se conocía y debatía tres décadas y media después, un papel específico que ellos no sólo cumplieron: pronto pasaron a la sobreactuación, pese a que las agencias internacionales empezaban a hablar de la aparición de cadáveres y de presos políticos, y a que en el exterior comenzaban a multiplicarse denuncias que se conocían, de una u otra forma, en las redacciones. El dictador hablaba desde la tapa de los diarios de respeto pleno a los derechos humanos, y los editoriales lo acompañaban con razonamientos tales como: aquellos que están hablando de crímenes de Estado en la Argentina no se preocupan por lo que hacen los regímenes comunistas. Era habitual, aunque no excluyente, que La Nación hiciera punta con los planteos más perversos, como en un editorial del 11 de febrero de 1977: «la mayor parte de las libertades, derechos y garantías tradicionales de las democracias siguen rigiendo con pleno imperio hasta límites que inclusive podrían asombrar para un país que sale de una crisis como la del período de 1973 a 1975 y que sostiene aún una dura lucha contra elementos dispuestos a tomar el poder por los medios más viles».

La entrada a 1977 se realizó con índices de inflación que preocupaban a todo el país, algo que con osadía Crónica llevaba a su portada, hablando de «injusto aumento de la carestía de la vida». El primer aniversario del régimen incluyó el hito histórico de la «Carta abierta de un escritor a la Junta Militar», el texto con el que Rodolfo Walsh hizo lo que Carlos Ulanovsky califica como el primer desafío de un civil al poder dictatorial, que le respondió con el envío de un grupo de tareas de la Marina que lo secuestró y lo hizo desaparecer.

El maridaje entre los dictadores y los patrones de los diarios transcurrió no obstante apaciblemente, coronado en el anuncio del 19 de mayo de ese año de Clarín, La Nación y La Razón sobre la «adquisición» de las acciones de Papel Prensa, aunque la detención poco antes de Jacobo Timerman bajo los cargos de «delitos económicos» y la intervención de La Opinión dieran más volumen a denuncias internacionales, a informes y expresiones críticas de organismos y gobiernos, hasta volver inevitable la aparición recurrente del tema «derechos humanos» en la relación con Estados Unidos, antes y después de una reunión entre Videla y el presidente estadounidense Jimmy Carter.

Ese contexto que crecía en adversidad dio paso a una serie de producciones periodísticas que tendrían a exaltar primero los «triumfos» militares, a reproducir en letras de molde y describir sin objeción alguna la tipificación demoníaca del «enemigo subversivo», a ocultar que entre los «terroristas» que se daban por «detenidos o abatidos» había principalmente trabajadores de fábricas, delegados sindicales, estudiantes universitarios, intelectuales y periodistas que jamás habían integrado organizaciones armadas. Las protestas internacionales crecientes, estigmatizadas invariablemente como una «campaña antiargentina» y atribuidas a la «subversión internacional», generaron una estrategia escalonada y distribuida entre varios medios, diarios y revistas, para inventar un «rostro humano» del régimen.

Hay en los archivos y en la memoria ejemplos de extremos alevosos de estas acciones de manipulación, pero probablemente uno de los más aberrantes sea el de la página 4 de Clarín del 1º de diciembre de 1977, con la volanta «Diálogo con extremistas que se entregaron voluntariamente» y el título «La ardua recuperación».

La crónica relata una invitación del Comando del Ejército para ver «cómo viven en la actualidad ex integrantes de células subversivas que se presentaron espontáneamente a las autoridades militares», y consiguieron con

ello rebaja de sus penas. Se trata de una casa agradable, de colores claros y cuadros en las paredes por lo que, dice Clarín, nada evoca una prisión. «¿Por qué se entra en un grupo subversivo?» quiso saber el «periodista», y la respuesta unánime es que se trata de falencias afectivas en la familia, es decir que, palabras más, palabras menos, son personas psicológicamente enfermas. Luego, las «bandas sediciosas» se organizan de forma tal que siempre un integrante tiene como pareja a otro integrante, «lo que refuerza la sujeción».

Después de varios párrafos dedicados al «abandono» de los guerrilleros que se fueron del país, estos arrepentidos vienen a encontrar en el «proceso» un sistema benéfico: «Teníamos muchos temores, pero nunca esperamos que el trato fuera tan correcto», dijo una. Y otra: «No lo podía creer, el trato fue más que correcto». Y luego todos coincidieron en que los procedimientos de la justicia militar fueron «correctos y objetivos». Se ve que estos «subversivos» arrepentidos eran de usar siempre las mismas palabras.

De inmediato, una manito para explicar la razonabilidad del golpe: entre 1973 y 1975, «el grupo que actuaba con una etiqueta seudoperonista había logrado infiltrarse prácticamente en todos los estamentos del Estado, dice uno de los jóvenes».

El relato del diario convierte a todos los testimonios sobre cómo funcionaron las cárceles y los centros de detención durante la dictadura en una suerte de fábula totalmente inventada y maliciosa: «Esta experiencia se realiza con el directo apoyo de un equipo interdisciplinario, compuesto por médicos, psicólogos, asistentes sociales, abogados que prestan asistencia a los detenidos y tratan de resolver sus problemas y el de sus familias». Y juegan deportes, reciben visitas que les traen libros, y profesores los asisten para que reanuden sus estudios.

Esta nota no llevó firma, pero no todos los escribas procesistas tomaban precauciones ni eran tímidos. Un ejemplo emblemático es el de Joaquín Morales Solá, en un primer período de la dictadura periodista de La Gaceta de Tucumán y a la vez corresponsal de Clarín, testigo privilegiado del exterminio cometido mediante el Operativo Independencia, no sólo de los remanentes de la guerrilla que apenas sobrevivía en los montes, sino y especialmente de trabajadores sindicalizados, delegados, maestros. Como lo recordó en 2010 el semanario de Buenos Aires Miradas al Sur, cuando publicó una foto del corresponsal de Clarín junto al general Acdel Vilas, cabecilla del operativo, durante acciones en una zona rural de la provincia, y una de las posibilidades es que se tratara de las inmediateces de la «Escuelita de Famaillá», centro de exterminio en funciones plenas antes del golpe del '76. Morales Solá, desde ese sitio de apego al poder militar y no precisamente desde el llano, se deshacía en elogios hacia el accionar militar, ponderaba los síntomas de «una posición ofensiva frente a la intolerancia ideológica» y se felicitaba por los resultados: «Ha cambiado, sin duda, la imagen revoltosa, rebelde y disconforme que Tucumán supo formarse a través de largos años», y «la presencia militar ha aquietado las aguas siempre turbulentas y, como barridas por un fuerte viento, han desaparecido huelgas, manifestaciones y disturbios». El tour de Morales Solá como escolta de los cabecillas de la represión en Tucumán motivó, el 30 de diciembre de 2010, una citación de la justicia federal.

Vení a Atlántida, un mundo perfecto

Un campechano. Un tipo común, distendido, informal, nada hace pensar que tenga en su cabeza acaparar para sí el poder total y sobre todo el más absoluto sobre la Tierra: disponer a su gusto de la vida de los otros. Si hasta les pregunta a los periodistas en la sala de prensa de la Casa de Gobierno, en el primer contacto con ellos, si lo van a invitar con un café y, humildemente, acepta un mate cocido. Dos páginas de fotos generosas, el hombre escucha atentamente a los interlocutores, reconcentrado, y, entre sonrisa y sonrisa, da cátedra sobre demagogia, subversión, la herencia para las generaciones futuras, libertad de prensa. Gente, de editorial Atlántida, dio esa bienvenida al dictador el 15 de abril de 1976, dos números después de un pedido de «perdón» a los lectores, por haber iniciado tardíamente sus críticas al «régimen peronista», por haber demorado en el reclamo de que «se termine la demagogia, la ineficiencia, la inmoralidad».

De allí en más la revista dirigida por Samuel «Chiche» Gelblung será uno de los arietes principales de la editorial en su estrategia de respaldo al régimen, ocultamiento de sus crímenes y lanzamiento de operaciones de manipulación que llegaron a motivar, décadas adelante, acciones judiciales por complicidad con los delitos represivos. Se pueden reseñar decenas de artículos, «informes», investigaciones, miles de palabras. O pueden ser suficientes unas pocas, las correspondientes por ejemplo a las páginas de «Las 76 caras del 76». Junto a la foto del dictador: «Presidente de la Nación. La mayor responsabilidad. Un ejemplo». Junto a la de Antonio Domingo Bussi: «Gobernador de Tucumán. Combatió la guerrilla. Trajo la paz». Junto a la del amigo Bernardo Neustadt: «Periodismo en serio y para argentinos que piensan. TV y retorno». También «Las 77 caras del 77», con la foto de Martínez de Hoz: «Ministro de Economía. Su meta: recuperación del país». Con la de Oscar Antonio Montes: «Canciller. Ejecutor de nuestra política exterior». Con la de Ramón Camps: «Actuación destacada contra la subversión».

A comienzos de 1977 un documento sindical formula críticas a la situación del país y Gente se ocupa, en un editorial, de publicar las palabras que mejor expresan la propaganda de la dictadura: «El hoy argentino es duro. Pero no es culpa de los que hoy gobiernan. La herencia de desastres no se puede revertir en pocos meses. [...] Los mayores responsables del desastre que hoy todavía padecemos fueron los políticos, por un lado, y el poder sindical, por el otro». Y frases tales como «que se callen para siempre los que fracasaron» y «hay que eliminar las células enfermas» parecen salidas de los laboratorios del terror estatal.

Una batería de cifras de un resultado económico magnífico, con crecimiento del producto interno bruto, más reservas, menos inflación, más empleo, menos deuda, tiene en 1977 en las páginas de Gente tanta validez como el título de tapa del número 879, del 27 de mayo de 1982: «SEGUIMOS GANANDO». Sobre una foto que es aparentemente de un avión argentino dando en el objetivo de un buque inglés, se lee: «6 buques hundidos. 18 averiados. 21 aviones y 16 helicópteros derribados. Estamos destruyendo a la flota británica». Páginas adentro, siempre bajo el latiguillo «SEGUIMOS GANANDO», multitud de datos que dan evidencia de la ya segura derrota inglesa, cuyas fuerzas, al desembarcar en Malvinas, quedaron «acorraladas», según un título gigante.

Antes y después, en títulos grandes o pequeños, en las primeras páginas o en las últimas, Gente fue incansable como factoría de editoriales, artículos «informativos», investigaciones, reportajes, que le dieron soporte al régimen. Y hasta «encuestas» que convertían a Videla en presidente ganador de elecciones por un margen jamás visto en la Argentina. La publicación es del 16 de julio de 1979, cuando la revista dice haber entrevistado a 1.500 mujeres de la Capital y las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y Tucumán. Del total publica

150 respuestas con foto, nombre, apellido y edad de las «encuestadas». ¿Por quién votaría? ¿Por qué lo eligió? ¿Por qué descartó a los demás? Obviamente, lo que interesa es la cuenta final, la respuesta a la primera pregunta, que la revista no anticipa en ningún título ni en ninguna de las ocho páginas, y que deja tímidamente para el final: Videla gana con 68 por ciento; Balbín, 10; Massera, 8; Alende, 8; Frondizi, 3,5; Bittel, 1; Lorenzo Miguel, 0,5; abstención, 1 por ciento. Atlántida le hacía, de este modo, cumplir su más caro sueño al régimen: el peronismo y la izquierda estaban licuados.

La propaganda política descarada de la editorial entonces propiedad de la familia Vigil abarcó a otras publicaciones, en especial la revista Para Ti, lo que en 2010 llevó al abogado de derechos humanos Pablo Llonto a trabajar en una querrela en la que se sostiene que directivos editoriales y periodistas participaron directamente y con conocimiento expreso en operaciones para ocultar delitos de lesa humanidad, incluyendo tomar contacto con prisioneros políticos dentro y fuera de centros clandestinos de detención. Es el caso de la nota «Habla la madre de un subversivo muerto», para presentar a Thelma Jara de Cabezas, con un hijo desaparecido y otro por entonces en el exilio.

Thelma Jara de Cabezas había sido secuestrada y llevada a la ESMA en abril de 1979. Con la dirección del represor Ricardo Cavallo, fue sacada y, bajo amenaza de muerte, puesta a hacer «declaraciones» a la revista Para Ti, para la nota ideada con el fin de hacer frente a la ya indetenible catarata de denuncias sobre los crímenes del terrorismo de Estado.

En la misma línea, la revista publicó tarjetas postales para recortar, «con imágenes y textos de la actual realidad del país». Por supuesto, se describía un país en paz gracias a la obra del «proceso». Los lectores eran invitados a enviarlas a todo el mundo, sobre la base de «una lista de todos aquellos organismos y personas que organizan la campaña antiargentina en el exterior. Ésta es su oportunidad de mostrar al mundo toda la verdad de un país que vive y crece en paz». Ya en 1984, la presidenta de Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, relató a Eduardo Varela Cid, en una carta, que muchas madres enviaron esas tarjetas de Para Ti pero «con los datos personales de sus hijos y la fecha de su “desaparición”, palabra con que se reemplazó la verdadera, que es secuestro».

Llonto, ex periodista de Clarín, hizo una reconstrucción del despliegue inconmensurable de los medios de difusión argentinos para dar soporte al régimen durante el Mundial 78, tanto para endosar el éxito deportivo y el entusiasmo popular a los dictadores como para proyectar al exterior la imagen de un país normal, en el que sucedía todo lo contrario a lo relatado por víctimas de la represión, por sus familiares, por las entidades de derechos humanos y por los organismos internacionales. «Las voces de denuncia de los exiliados y los familiares de los asesinados, desaparecidos y encarcelados fueron tomadas como expresiones de la antipatria. El periodismo fomentó el anticomunismo, la delación de los luchadores y militantes de izquierda, y defendió, a buen precio, casi todos los actos del gobierno de la dictadura militar», evocó Llonto.

Otra vez Atlántida con uno de sus productos, El Gráfico, que vivió días gloriosos de ventas durante el Mundial de Videla, Massera y Agosti —mostrados en infinidad de fotos como aficionados simples y tan albicelestes como el que más—, hizo punta en llegar a extremos de manipulación que quedaron para siempre en la historia más vergonzosa del periodismo nacional. El Gráfico inventó una carta del capitán de la selección de Holanda,

Rudolf Krol, a su hija, y la publicó en pleno campeonato, doce días antes de la final. «Mamá me contó que el otro día lloraste porque algunos amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así, es una mentirita infantil de ellos. Papá está muy bien, aquí todo es tranquilidad y belleza. Ésta no es la Copa del Mundo sino la Copa de la Paz. No tengas miedo, papá está bien, tiene tu muñeca y un batallón de soldaditos que lo cuidan, que lo protegen y que de sus fusiles disparan flores...» Aunque los holandeses se quejaron y la embajada intervino en el caso, como recuerda Llonto, en ese momento en el país el hecho fue ocultado por los demás medios.

Krol expresó indignación, una y otra vez, por esa acción de El Gráfico, pero no se opuso a volver a la Argentina con una selección Resto del Mundo, para jugar el 25 de junio de 1979 un partido amistoso en el primer aniversario de la final del '78. «Clamoroso festejo a 1 año del Mundial», tituló en la tapa Clarín, totalmente involucrado en la celebración, como lo explica el epígrafe para dos fotos también de primera plana: «El entusiasmo popular no tuvo límites en el afán de aclamar a la selección argentina. El partido lo ganó el Resto del Mundo y el presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla, acompañado por la directora de Clarín, señora Ernestina Herrera de Noble, y del titular de la AFA, señor Julio Grondona, entrega la Copa instituida por nuestro diario al holandés Krol».